

657

EL PROPÓSITO DE ESCRIBIR

QUINTO CONCURSO DE POESÍA, CUENTO, HISTORIETA Y VIDEO
UAM-AZCAPOTZALCO



...transformando la realidad por la poesía
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

EL PROPÓSITO DE ESCRIBIR



...transformando el diálogo por la razón
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

EMPEZAR POR EL PRINCIPIO

217949 C.B. 2893761
EL PROPÓSITO DE ESCRIBIR

QUINTO CONCURSO
DE POESÍA, CUENTO, HISTORIETA Y VIDEO
UAM-AZCAPOTZALCO



2893761



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Dr. Luis Mier y Terán Casanueva
RECTOR GENERAL

Dr. Ricardo Solís Rosales
SECRETARIO GENERAL

UNIDAD AZCAPOTZALCO

Mtro. Víctor Manuel Sosa Godínez
RECTOR

Mtro. Cristian Eduardo Leriche Guzmán
SECRETARIO

Dra. María Aguirre Tamez
COORDINADORA GENERAL DE DESARROLLO ACADÉMICO

DCG. Ma. Teresa Olalde Ramos
COORDINADORA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

DCG. Silvia Guzmán Boffil
JEFA DE LA SECCIÓN DE PRODUCCIÓN Y DISTRIBUCIÓN EDITORIALES

Primera edición, 2004

**D.R. © 2004 Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Azcapotzalco**

Av. San Pablo 180, Col. Reynosa Tamaulipas
C. P. 02200, México, D. F.
e.mail: sec-editorial@correo.azc.uam.mx

Ilustración de portada: ©Carmen Tejada. *Ciclo de siembra*. TEXTIL
Diseño: nopase. Eugenia Herrera • Israel Ayala

ISBN 970-31-0316-2

Impreso en México/*Printed in Mexico*

UAM
PO 7244
CG. 5
2004

PRÓLOGO

HALLAZGOS Y SORPRESAS

HAY QUE DECIRLO UNA Y OTRA VEZ: el único escudo válido ante las asechanzas de estos tiempos es el cultivo de la inteligencia. Y la inteligencia es memoria e imaginación; rebeldía y toma de decisiones: un cuestionarse y preguntar el porqué de las cosas: actuar en consecuencia y decir la propia versión del mundo sin ataduras ni lamentaciones. Se miente por falta de imaginación escribió Antonio Machado. Es cierto. Los embates de este tiempo, en ardua fatiga de la imaginación, parecen condenarnos a vivir en la mentira inventada por los dueños del dinero y sus lacayos.

No otra cosa parecen ser los escritores inventados (como José Luis Borgues) y los abstrusos neologismos (como el malhadado "sospechosismo") de una clase política ignorante y zafia, que se empeña en entregar mano de obra barata, más o menos calificada, a la voracidad de sus amos. Así, la censura a los libros, una "política cultural" de relumbrón y la reducción del presupuesto a las universidades públicas son el ejemplo mayor de la escasa inteligencia de nuestros gobernantes y de su siniestra sumisión: un pueblo ignorante es un pueblo dócil y fácilmente manejable.

Por eso resulta gratificante el esfuerzo de las universidades públicas para combatir contra corriente en busca de la inteligencia. A despecho de las políticas restrictivas, las instituciones de educación superior, en nuestro país, se erigen como defensores del derecho a pensar, a crear y fortalecer en sus estudiantes el cultivo de la inteligencia y la capacidad de imaginar. Publicaciones, exposiciones de pintura, conciertos y muchas otras actividades, con la academia propiamente dicha y la investigación, le confieren al estudiante un perfil más que necesario, basado en el análisis, la reflexión y la creatividad.

Uno de estos esfuerzos —no el menor— es el que realiza la UAM en nuestra Unidad Azcapotzalco con sus concursos de poesía, cuento, historieta y video. En éstos ha participado una buena cantidad de estudiantes de las diferentes carreras que se imparten en la misma. Algunos han sido premiados, y la publicación de sus trabajos es un estímulo y una constancia de hechos. El estímulo es la letra impresa, resguardo de la memoria; la constancia de hechos va en ese sentido: los estudiantes tienen otros —renovados— intereses que se deben cobijar. Además de cumplir con sus materias, leen, cuestionan, piensan, imaginan... y se dan tiempo para escribir y construir imágenes.

El “V Concurso de Poesía, Cuento, Historieta y Video” fue por demás interesante. Las siguientes páginas

dan cuenta de los resultados en los diferentes rubros. En ellas advertimos la pasión de vivir con plenitud, el encono para enfrentarse con el mundo, la ineludible rebeldía de la juventud, los pasos —no pocas veces vacilantes, pero atrevidos— de los jóvenes autores, quienes han osado exponer la visión del mundo en que viven. Ellos buscan compartir los hallazgos y las sorpresas. Palabras, imágenes, historias... son parte de un modo de cuestionar, de volver a pensarse como seres realmente vivos y actuantes.

En poesía, Jair de Jesús Javier Flores, Christian Alfonso Rojas y Martín Galicia Trejo obtuvieron, respectivamente, primero, segundo y tercer lugar. Y no importa realmente el lugar. Importa, sí —y mucho—, su manera de buscar en el poema otra manera de trascender la realidad. ¿Un ideal del amor? En efecto. Y sus palabras nacen de la pregunta de todos los tiempos. Y la respuesta siempre se pospone, se retarda, se demora. Hay atisbos de ella en la experiencia inmediata... o en la aspiración de esa experiencia para que se vuelva arduamente compartible: son hallazgos y sorpresas de jóvenes que van buscando su voz y su camino.

Algo similar ocurre con los ganadores en cuento. Tania Raquel Ramírez Rivera, Leticia Antinea Hernández Ortiz, Juan Alfonso Milán López y Marco Aurelio Cruz Gallegos, fueron considerados en ese orden por el jurado, aunque el último autor mencionado obtuvo

mención honorífica. Ellos parten de la necesidad vital de la humanidad para dejar testimonio de su paso por el mundo. Recuerdan a los antiguos cazadores que, después de la jornada, compartían con la tribu, junto al fuego, las peripecias de una y muchas vidas dignas de ser contadas. Así se fortalecían los lazos afectivos del grupo. De este modo los usuarios de la lengua entendían, de la manera más segura, que la comunicación era, también, un acto ritual. En este apartado hay dos contadoras de historias, dos guerreras que saben cómo encender un fuego nuevo. Y saben compartir sus sorpresas y sus hallazgos, con los lectores y con sus compañeros de jornada y de premios.

Como los dos ganadores en historieta. Ellos saben que en este género el dibujo y algo que contar son importantes. Y que su propuesta parte de experiencias decantadas y otro modo de decir. Sergio Salto Gutiérrez y Óscar Romero García transitan por estos modos y ofrecen su manera de ver y de contar. Sus trazos son atrevidos: otro hallazgo y otra sorpresa.

Ésta es el arriesgue de nuestra Universidad. La voz y la propuesta de jóvenes que se atreven a pensar, a imaginar un mundo que esté menos al capricho de los enemigos de la inteligencia. Es obvio: son creadores que comienzan a velar sus armas. Aún tienen mucho camino por recorrer. Pero se atreven a decir su versión de las cosas. Su palabra es valiosa porque, en el peor de los

casos, sus palabras, sus imágenes, pudieran ser testimonio de las huellas del desastre. Yo prefiero pensar que, con sus naturales titubeos y su rabia fecunda, son ejemplo de que el libre ejercicio del pensamiento es el seguro resguardo en estos tiempos de equívocos y tozudez. En su juventud y voluntad de imaginar están los hallazgos y las sorpresas.

JOSÉ FRANCISCO CONDE ORTEGA
CIUDAD NEZAHUALCÓYOTL-UAM-A,
OTOÑO DE 2004

P O E S Í A

Mañana
y otros poemas

P R I M E R L U G A R

JAIR DE JESÚS JAVIER FLORES
(ADMINISTRACIÓN, CSH)

MAÑANA

Aghhhhhhhhhh

ojos

Mmmmmmmmmmm

lengua

El techo me mira

cama

zapato

¿sueño?

Es una burla

una broma

un escarnio

una comedia

un solo bufón

¡Qué alegría!

Todo es bello

reluciente

La claridad me ciega

desgarrando

la pared de papel de la realidad

TIERRA QUE SE LEVANTA

Cada hora que se pasa entre la gente
escucho atento las palabras
los diálogos con la cotidianidad
Se siente como un vientre acogedor
suave y afectuoso:
tierra que se levanta con los pasos que atraviesan
estrellas que viajan por un cielo que guarda una luna olorosa
Diluvio de los sentidos
colores y sonidos que surgen en cada movimiento
Un hombre espera la noche en una esquina para poder
dormir encuentros mezcalinos
Partidas llenas de dolor y de esperanza
Andar bajo el sol generoso
entre las piedras y las espinas
Ser de las montañas sostenidas por la sangre
Aquí no me pierdo pues conozco los faros
la oscuridad entre las paredes
Aquí los muros viejos me podrían sostener por sí solos

SOL DE LAS 14:25

Mezcal Ron Ruido Whisky Sol de las 14:25 Licor de
jamaica Araujo Sonrisa de mujer Ojos café melón Viento
agitador de olvidos y palmeras Brandy Porto Vino tinto
Tinta Sus pechos Sus caderas Su sonrisa en una foto Su
silueta desgastando la escalera Una noche calurosa Otra
lluviosa Tabaco y café Guitarras españolas Su sudor
lamido en el sillón Un acordeón en un ballenato o en un
tango Jazz en el aparato escupe música García Lorca
El mar con la noche Pessoa repleto de Gardel José Alfredo
y la Vargas acompañados de tequila cerveza anís aguar-
diente aguamiel Y sus piernas abiertas como un cielo
despejado transpirando Ahhhhhh que embriagadora es
la vida.

HOJAS

*Cuando estás
huelo a matadero
Cuando ya no estás
huelo a soledad como la humedad huele entre los muros*

Flor

aromatizas la quietud

Pesar

goteas despedazando despertares

Me asomo a la ventana

el mosquito circundante desliza los instantes
agitando mis vísceras hasta el estremecimiento

Enredados entre sí

formando una telaraña
los recuerdos me cobijan:

Devoré

su
exquisita
piel
de
Salomé
Lamí

sus
pies
y
ella
arquea
la
espalda

Sigo girando
Alrededor de tus lunares
nuevamente recorro la memoria como
cáscara

Media vuelta al sol he dado
De nada ha servido
¿Cuántas vueltas he de dar?

Tendré que hacerle como el gato:
tirarme en el piso para intentar calmar
el calor de un sueño que me abraza

¿Qué más puedo hacer?
Me levanto a las 3:10 a escribir
y las alas de las 17:37 como moscas con
[garras deshilan mi pasado

¿Es la cama que tiene una mancha de tu sangre tatuada?

En qué rayo de sol aspiras ese sueño

[que me echas en los ojos

En qué parte de mi cuerpo te escondes

En qué pestaña de mis dedos te quedas

[que siempre te encuentras a la mano

Nos traemos en el sexo

en los labios que nos juntan nos vivimos

LA NOCHE SE TERMINÓ

Comienza la mañana
La botella está vacía
En las calles corre la gente a sus trabajos

Después

Cae la lluvia
y corremos con el viento:
Cae la hoja
rozando la mirada
toca el reflejo del agua:
sólo agua

Todo eso que llamamos realidad
nos vuelve extraños
Y tal parece que no hay reversa
es un ocaso en caída libre
un alud de ánimas y fantasmas por las calles

La cotidianidad con minúsculos zarpazos
del dolor nos saca olvido

Basta observar las miradas para darse cuenta
estamos en un precipicio
cayendo y no hay qué o quién nos
[detenga

FAQUIR

Estuve frente a frente con un hombre
¡Cara a cara!
¡No! Es más
Era un niño una mujer un anciano
todos faquires
Sólo personificaba
y figuraba un hombre
Un hombre que con sus movimientos escribe el naufragio
[insomne de la humanidad
Es un simple y llano hombre
que nos ofrece con sus manos y sus pies
disonantes:
una tira de ricos y deliciosos chocolates confitados por
[cinco pesos!
Lo repite gritando dos veces o tal vez tres y nadie lo oye
[—nadie quiere escuchar—
Imbécilmente una gota salada está a punto de estallar en
[su esquina
Este hombre incrustado en una camisa azul a cuadros
[y zapatos cafés
nos ofrece una tira de chocolates confitados por cinco
[pesos y a nadie le interesa

Nadie quiere: ¡Una rica y deliciosa tira de chocolates
[confitados por cinco pesos!
Estúpidamente el agua salada se esconde en lo más
[apartado
Ese hombre sube a los camiones con sus manos en alto:
[llenas y vacías
Y baja agradeciendo con el rostro quemado tronando la
[vida en sus labios
Supongo que sólo es dueño de su muerte
Y supongo que seguirá subiendo a otros camiones
[ofreciendo:
¡Una tira de ricos y deliciosos chocolates confitados por
[cinco pesos!
Bajará y volverá a subir y nuevamente descenderá
una y otra vez sin hallarnos
y tal vez —por fin— alguien le compre:
¡Una tira de ricos y deliciosos chocolates confitados por
[cinco pesos!
A ese hombre que no sé de dónde se sostiene

*Caligrafía en un cuerpo
y otros poemas*

S E G U N D O L U G A R

CHRISTIAN ALFONSO ROJAS VALERIO
(ADMINISTRACIÓN, CSH)

CALIGRAFÍA EN UN CUERPO

He aquí mi cuerpo que lleva el grafito por los poros:
te dejaré una caligrafía en mil caricias.

(Y con caricias entre tus piernas haré libros
para dejarte la prédica de las buenas nuevas.

De a poco iré con letras ensalivando tu forma
De a poco ahora muerdo las puntas de tus papiros
y entre papiros mis manos ayuntan tus espacios,
acomodando tus nalgas, embistiendo al vacío.

Ya me voy por tu ombligo acentuando lo que prometes.
Ya te voy abreviando la vocal por los muslos tersos.
¿Qué versos para el reclamo en diástole me guardas?
¿Qué salmos de tus paréntesis en vaivén me pides?

“Nada que la perorata literaria diga”
“Nada que la grafía burocrática te cuente”
Así me respondes mientras un rabioso gemido
consume lo que las formas en silencio pretenden.

Ahora dejo entre letras el sigilo de la carne,
ya cubro con botones la historia de tu piel mate.

Quizás con ello, la caligrafía de tu cuerpo
del tiempo se emancipe y con su misterio, se ignore.

Sea pues tu bello sexo el epigrama que confunda
lo cierto, y que por lo cierto haya una babel salobre
que cobije mi nombre y que a la eternidad le calle
la cópula de las letras y el arte de tu talle.

CÓMO SE RECORRE TU NOMBRE

Para Virginia

*Tu nombre me sabe a hierva,
de la que nace en el valle
a golpes de sol y agua.
Tu nombre me lleva atado,
en un pliegue de tu talle
y en el bies de tu enagua...*

JOAN MANUEL SERRAT

Como gajos de uva por los labios transita,
como paladar con la aceituna se entretiene.
Pienso que no se calla y creo que no se detiene;
digo que se instala entre azúcares
y que entre saliva se pierde.
Digo que recorrer tu nombre es morderse,
morirse y luego convencerse:
que tu nombre es un indocumentado bienvenido
y que bienvenidas son tus líquidas vocales;
digo que como se recorre tu nombre,
se recorre lo incierto
y que como se peregrina en destierro, por la saliva
[te paseo.
Bajo sombra pienso que todo es vano y que tu nombre
es un desahuciado viajero.
Mas te vuelvo a decir como quien sabe del águila
o como quien sabe de aquel adalid del desierto.

Y otra vez necio dejo caminar tu nombre,
como si yo te diera un beso.
Me quemo luego entre sales y humores,
te entierro entre arenas y congelo el tiempo.
¿Cómo se calla pues tu nombre?
¿Cómo se le quita la aldaba a las ganas?
De saberlo no lo diría ahora y lo dejaría en secreto.
Porque de hartado como soy, dejaría de acostarme con
[tu ausencia
y no imaginaría tus dulces sonidos, ni el calor de tus
[pies hebreos.
Así quédate pues: como presidiario de mis labios y
como naúfraga de mis deseos, que ya bien digo con
[la boca
que recorrer tu nombre es convencerse:
...que tú te dices con dolores suaves, entre lentos sonidos
y con calientes paladares.

CAMA Y MESA

*A ti amor, por haber compartido conmigo
los más bellos placeres de la vida*

Por ti, la miel aceitada del cuerpo
y por mi oído el líquido reposado
(He aquí también la almohada blanca
y las lunas apóstoles pirando).

Como si tus pechos, señora mía,
los ciruelos coronan dos zapotes
y en lía, tus cabellos perfumados,
se revuelven con la fruta y el pimienta.

No es para menos un buen vino añejo,
ni tampoco la frazada sedosa.
Mas buen citador soy cuando te escancio
y en huipil suave entre alas me caliento.

Son tan dulces tus nalgas maceradas,
que con hondas bocanadas las degusto,
pues de gusto es la tibia marejada
que ya entibiada mi boca la rehundo.

Tu nombre espera por tus mies señora,
y en tanto el odre gime por tus deseos

2893761

(ya veo tendido el tálamo de rosas
y el edredón aromado de inciensos).

Te quiero hacer el amor en la mesa
y te quiero querer entre colchones;
porque querer, es comerse la dicha
y amorar, es repartir los sabores.

MUJER, MI AMOR

Mi amor de ombligo de volcán,
como brújula en el vientre;
de pechos lejanos del mundo,
como dos barcos vagabundos.

Mi amor de las uñas de cuchillos
y dedos de pastor con flauta.
Mi amor de encía mulata,
y puños cual púa amorosa.

Mi amor de nariz alargada
como desparrame en ventana;
como si hondas posas cruzadas,
como si aves crucificadas.

Mi amor con caderas de negra
y el pubis cual lago en desborde.
Mi amor de ojos de caramelo
y de cejas de chocolate.

Mi amor de pestañas erectas
y ojos de gitana y cerveza;

con piel de marfil y de yute,
y vellos cual indígena insurrecta.

Mi amor con nalgas de fina red,
y nubes que mojan sombrillas.
Bello amor de duros pezones
y de olores a tamarindo.

Bello amor de cuello trigueño
y de insoportable abolengo.
Mi amor de labios hormiguero
y de antorchas de fuego nuevo.

Mi amor de lunares robados:
robados a las candilejas
y a las gárgolas olvidadas
a hurtadas de veintiocho días.

De mi amor ya no escribo nada
porque mi amor es indecible,
como indecible es este poema,
con lenguas demasiado humanas.

Isla
y otros poemas

T E R C E R L U G A R

MARTÍN GALICIA TREJO
(INGENIERÍA AMBIENTAL, CBI)

ISLA

*"...al lugar donde has sido feliz no debieras tratar de volver.
Cuando en vuelo regular, pisé el cielo de Madrid,
me esperaba una recién casada que no se acordaba de mí."*

JOAQUÍN SABINA

...y al final adicción.

Tatuaje de un pasado incierto

tic tac

tic tac... todo igual;

y sin embargo, desafiar el oleaje;

y al fin, naufragar.

...Hermosa isla

de sencilla geografía.

Ríos

de tibias sonrisas

Cascada

finá color castaño.

Cuídate

tus montes y tus valles,

comprenderé

tus terremotos y tus precipicios,

tan sólo no permitas que olvide que

aún vivo.

Piquito de canario,
cántame al oído,
que aunque
tu isla es caribeña
mi alma
aún tiembla de frío.

Playa de blanca piel,
abrígame,
que no es mi costumbre
desnudarme
pero cómo resistirse a esa
mirada de jade!

Y libérate si te han
conquistado,
sé que no anhelas
un dueño;
como yo,
sé que no quieres ser de
nadie.

Elegante isla con nombre de
Mujer,
ve hacia
tus sueños

sin temores ni blindajes
y lleva en tu bolso
la firma de estas frases
por si el hastío
intenta consumirte
durante el viaje.

DESDE DONDE TE ESCRIBO

¿Desde dónde te escribo?

... las notas del himno no me inspiran,
pero te ayudarán a ubicar el tiempo
en el que estoy pensando en ti.

¿Desde dónde te escribo?

... no sé cómo me he perdido y hoy,
al escuchar por casualidad aquel poema
con el que años atrás me identificaba,
me doy cuenta que no soy más aquel adolescente
que conquistaba el mundo cuando soñaba.

¿Desde dónde te escribo?

... unas cortinas rotas, un colchón prestado,
una puerta que no cierra
y el rechinar del piso de madera
poco a poco sustituye
al otoño y sus hojas secas.

¿Desde dónde te escribo?

... tal vez sólo sea la narcosis
de la pintura fresca,
tal vez sólo la embriaguez

del sudor de la mudanza,
tal vez la imagen del rostro triste
de una madre que pierde a su pequeño.
Cualquiera es buen pretexto
para extraviar la razón
y permitirle a "la soledad" jugar
con "el masoquismo" y "la vanidad",
itrío más perfecto no podría encontrar!

Pero... ¿desde dónde te escribo?
Desde la desesperación
del amante frustrado,
desde el fracaso
del amigo improvisado,
desde el artesanal aprendiz de escritor
entusiasmado de tener tinta
y papel en blanco
... y una historia qué contar,
un dolor por descifrar,
un colchón qué compartir,
una soledad qué desterrar.

¿Desde dónde te escribo?
hay poco de beber,
también hay poca diversión,
algún chiste por contar,
una lágrima qué derramar.

Pero... ¿desde dónde te escribo?,
en algún lugar escondido está el amor
que me hace falta y aunque la esperanza
esté bastante pisoteada
te juro que a mi lado
"no existirá en este mundo
fortuna que valga..."
¡Necio optimismo!,
si sé que eres pasajero
por qué hacer creer a mi confianza
que algún día contemplaré su cuerpo
dormido entre mis sábanas.

Desde donde te escribo y aunque
más de una frase me he robado,
quiero que sepas que soy sincero cuando digo:
si tan sólo no escaparas
tu piel sería esta hoja en blanco
y entre tu hombro y tu oído
tatuaría el poema que ahora escribo.

C U E N T O

Diecinueve

P R I M E R L U G A R

TANIA RAQUEL RAMÍREZ RIVERA
(ARQUITECTURA, CyAD)

DIECINUEVE

I

Cada noche los ojos se cierran para no abrirse más, con cada aliento se agota **nuestro** tiempo sobre la tierra... cada día amanecemos más viejos, el descanso es un engaño, un ligero recuerdo de lo que fue aquel primer momento, en el que la muerte no podía alcanzarnos porque no conocía nuestros temores, porque el fuego interior sólo puede apagarlo el propio corazón y en ese entonces la llama es tan grande que ni la muerte puede hacerla vacilar.

En nuestro primer descanso a ojos cerrados, recordamos otros mundos, la noche se nos presenta como maestra y nos educa en el conocimiento del futuro, nos exhibe el rostro de la muerte y nos enseña el instante en que la luz del sol va a apagarse... después, nos descubre al sueño, un inevitable paralelo, que está obligado a no dejar que nos ahogemos, o que se nos muera el corazón antes de tiempo, presa de la realidad que viene con el sol.



2893761

II

UNA TARDE, A FINALES DE VERANO, MIENTRAS EL OLOR
DE LA LLUVIA REGRESA AL CIELO Y ACARICIA CUANTO ENCUENTRA
A SU PASO, UNA MUJER DECIDE ABRIR EL CORAZÓN AL DOLOR DEL
RECUERDO... ES FÁCIL ARREPENTIRSE DE LOS ERRORES COMETIDOS,
AÚN MÁS CUANDO EL SOL SE ESCONDE

No es diferente a los otros por mucho, el color de su piel es ambarino y la forma de sus ojos almendrada, luce un poco como la gente que nace con el sol de oriente, tiene un lunar en la espalda... detrás del corazón.

Como la mayoría de nosotros, Ayna olvidó la charla con la noche y creció como una mujer normal...

Desde niña le cuesta acercarse a las personas, no sabe si le dan miedo o no le importan, se ríe de cosas sin sentido, procura guardar silencio cuando no se siente segura, prefiere observar que abrir la boca, ocasionalmente suelta alguna carcajada, pero los días de miedo solamente saluda a quien le da la mano.

III

AL CRUZAR EL UMBRAL QUE ENCIERRA EL SILENCIO,
SIEMPRE ES POSIBLE ENCONTRAR EL COBIJO DE LA TIERRA

Solía sentarse sobre la cama a contemplar el eucalipto frente a la ventana, mientras imaginaba que el alma de un hombre había anidado en sus raíces y ahora formaba parte de él. Se hizo su amiga, pensando que un día le convencería de salir.

Por supuesto, el alma de ningún hombre vive en ningún árbol, aquello con quien ella hablaba, no era nadie más que ella, que se dejó amarrar a la tierra y, como todos, olvidó que su paralelo podía ser buen maestro y enseñarle el destino que tenía que vivir, no dejó de soñar, pero dejó de entender; por eso, sus sueños se hicieron como los de todos: reflejos de la vida.

Sin embargo, sus largas charlas con las raíces fueron benignas y la seguridad que adquirió al dejar una parte de sí enterrada y protegida la convenció de que lo mejor era soltarse y dejarse llevar. Eso dio fuerza a su sueño, que recuperó la capacidad de abrirle las ventanas del futuro.

Lamentablemente, el enfoque de cada ser es distinto y ella confundió el valor que había obtenido en las raíces, con la idea de que éstas aceptaron liberar al hombre de la supuesta prisión. No supo reconocer una visión cualquiera de una ventana de sueños... Las

personas no somos conscientes de la magia que vive en nosotros, no se dio cuenta que se había limpiado el polvo del corazón y que a partir de ese momento tendría la libertad de elegir el lugar al que la llevaban los sueños, no percibió que el hombre que vio esa noche no era ninguna alma liberada, era una respuesta, resultado de su recién conseguida libertad y que lo que se pactó durante su tiempo juntos no fue sólo un sueño, tuvo lugar.

IV

NO TODAS LAS NOCHES PODEMOS CERRAR LOS OJOS Y DEJAR
QUE EL SOPOR NOS LLEVE DE LA MANO, SIEMPRE DEJAMOS QUE LA
CONCIENCIA SE TRANSFORME EN LO QUE LLAMAMOS SUEÑOS
Y CON ELLO RENUNCIAMOS A LA LIBERTAD QUE NOS DA EL
DEJARNOS CAER EN LA ALMOHADA CON EL CEREBRO EN BLANCO.

(DESDE AYNA)

Este sueño no fue una conexión con el más allá, fue un sueño como todos, uno bonito que me dejó viendo estrellas, pero sólo eso. Debo dejarme de estupideces, mi padre tiene razón, ya no tengo edad para creer que los árboles me hablan, o que el amor rosa anda flotando en el aire esperando a ser pescado por la primera que suspira... ¿cómo puedo enamorarme de un muerto que se me aparece en sueños y aparte creer que una raíz me escucha?

Él nunca va a salir de ahí abajo, ni siquiera sé si de verdad su cuerpo o él están enterrados, escucharé a mi madre y me concentraré en este buen muchacho, vivo, de carne y hueso que me toma de la mano con tanta ternura, que “da la vida por mí”, del que “estoy enamorada”... ibasta ya de árboles y zombis!, ¿quién sueña a un desconocido fumamota en su casa?, ¿quién se despi- de besándote en la espalda?... sueños que me conectan con un ser del inframundo, ¡ja!, mi madre tiene razón, sólo pienso estupideces (pero nada pierdo si me guar- do este sueño en la cabeza, no se lo cuento a nadie y me prometo dejar de soñar tonterías).

V

LOS AÑOS PASAN Y LA GENTE OLVIDA, EN OCASIONES,

COSAS QUE VALDRÍA LA PENA RECORDAR.

EL SILENCIO SE COME LOS SUEÑOS

(ALGUIEN ESTÁ FUMANDO #\$\$@\$ ATRÁS)

No me costó trabajo olvidarme del “muerto del árbol”, como solía llamarlo, a los pocos días dejé de buscarlo y de pensar que cumpliría su promesa de volver, el beso en la espalda siguió pareciéndome buena idea, pero no recordaba de dónde había salido, hasta hoy...

Sus palabras fueron un golpe fuerte, no pude más que quedarme callada mientras me repetía desde sus

ojos la misma historia... no supe si él también hablaba con los árboles o si mi costumbre de pensar estupideces distorsionaba el plano de lo real y estaba alucinando que el muerto tomaba posesión de un muchacho, ¡hubiera sido mil veces mejor!; esto fue demasiado y fue real, era el mismo niño que cada mañana cruzaba la misma puerta que yo, que tiene una voz propia, yo no lo inventé, respira y no está enterrado entre las raíces de mi casa. ¿Por qué demonios llega hoy con un cuerpo, con un nombre?, ¿por qué me cuenta un sueño?

— Me corrieron de una casa por fumar (...), nunca hablamos (...), solo le di un beso en la espalda.

No puedo escuchar lo que dice, el estómago me da vueltas, la cabeza se me sacude, la garganta empieza a asfixiarme, no le puedo decir nada... no sé por qué, no le puedo decir nada... sólo lo veo y recuerdo las largas tardes frente al árbol, todo lo que le conté "al muerto", ¿por qué sueña mi sueño?, ¿por qué me lo cuenta?, ¿por qué salen con tanta facilidad las palabras de su boca? Creo que no sabe, no tiene idea de cuánto daño me hace saber que no está encerrado en mi árbol, no sabe que ese sueño era mi señal, no sabe que dejé de hablarle a la tierra, que dejé de escuchar el canto vespertino de las aves, que dejé de creer en la magia que abre todas las puertas del corazón, que volví a encerrarme entre las raíces para no salir...

VI

APARTE DE LA SENSACIÓN DE SUS LABIOS EN LA ESPALDA NO ME
QUEDA NADA. SÉ QUE DESPERTÉ ENAMORADA Y QUE NO PENSÉ
ENCONTRARLO NUNCA, QUE DEJÉ DE CREER EN CUENTOS, YA ESTÁ
MUERTO, YACE BAJO MI EUCALIPTO... PERO ME PARECE EXTRAÑO
QUE ALGUIEN LO REPITA...

— Una vez, soñé lo mismo.

El Camilo

SEGUNDO LUGAR

LETICIA ANTINEA HERNÁNDEZ ORTÍZ
(SOCIOLOGÍA, CSH)

EL CAMILO

Aquí la cosa es seria, no cabe ni dudarlo. Todos supieron que así sería; lo que aún no saben es hasta cuándo. Pero en estos lugares nadie renuncia a su terruño, primero muertos, ése es nuestro himno. Aquí nacimos y aquí morimos, somos parte de esta tierra, somos polvo de estas piedras. El que sale así, luego luego, se muere; no digo que azoten al dejar el pueblo, mueren para nosotros, para el mismo pueblo, su polvo será de otras tierras. Por eso estamos aquí, arraigados a esta tierra quebradiza, para no morirnos lejos, a pesar de que este lugar está tachado de maldito. Maldito él, malditos nosotros. A lo mejor por eso siempre estamos solos. Muchos dicen que la razón es que nunca pasa nada bueno aquí, mas que la fiesta de nuestro santo patrono. Si se quiere saber qué día es, no es posible decirlo. Aquí no hay calendarios, la gente sabe qué día es cuál, qué día pasó y qué día va a ser. Por eso decimos que nadie viene a nuestra fiesta, nadie sabe cuándo es, mas que los oriundos. Eso decimos. Pero la verdad es que desde lo lejos se siente la pesadumbre de este lugar, de sus aires, y el que viene se regresa antes de oler los adobes del pueblo. Así ha sido desde hace un buen tiempo, pero como aquí no hay calendarios, pues se dice que desde hace mucho; la mayoría dice que desde

el día en que llegaron a estas tierras unos que no tenían rumbo y que aquí se quedaron, otros dicen que siempre ha sido así, nada más que ellos lo recalcaron. Pero, como siempre se dicen cosas, pues se atribuye la desolación a los que llegaron.

Dicen que venían de caminar muchos días y andaban en andrajos; heridos de pies y manos por el camino de piedras que trae para acá. Nadie sabía su procedencia, pero se les tendió la mano. Así se es con la gente de fuera y sobre todo con la que viene chancleándole a la muerte. Eran muy jóvenes y nunca hablaron de dónde eran ni por qué habían llegado aquí ni nada de nada, sólo se tenía la seguridad de que esta tierra quebradiza tenía que hacer lugar para otros más. Lo bueno de todo esto es que salieron buenos para acostumbrarse a nuestras maneras. Eran como la gente de aquí: humildes, de costumbres antiguas y arraigadas, y fructuosos para el trabajo.

Él había heredado de quién sabe quién los talentos para hacer pan casi de la nada, y ella lo secundaba por rigor. Así estuvieron poco más de un año, tranquilos, trabajando, liberando para todos el olor del pan. Luego, para no alargar las palabras, procrearon un hijo y en homenaje a su abuelo materno, que según la madre había sido general —lo que nadie se dio a la tarea de corroborar nunca—, fue nombrado Camilo.

Dicen que Camilo era inquieto desde el vientre de su madre, quesque ya le andaba por nacer, porque le hacía muchos dolores a su madre y la dejó en cama durante los siete meses que le duró el embarazo. La matrona vio las de Caín el día del parto, dicen que porque el Camilo, de tanto que anduvo zarandeándose, venía de nalgas; pero nomás con unas apachurradas en el vientre de su madre todo terminó sin problemas; aunque la verdad es que aquí fue donde empezaron, porque muchos maldijeron ese día y aún lo siguen haciendo.

Desde niño se preocupó por hacerle al latoso, dando guerra a sus padres, en su casa, sin molestar al prójimo. Pero luego le llegó la edad de la descarriada, cuando los pies le dieron para andar de acá para allá, cuando se deshizo de sus padres. Y dicen que lo hizo porque le aburrían sus reuniones —cuando venían los amigos— en las que su padre siempre repetía, al tenor del aguardiente, la historia de cómo se había hecho de su horno panadero con base en las ganancias por la astucia que tenía en las apuestas de tahúr; y su madre siempre presumía la media luna de madera fina color vino que estaba en su recámara, que había adquirido por herencia natural de un francés anciano que había venido a vivir al pueblo y que se había hospedado en su casa (pero que en realidad sólo había venido a morirse), y de cómo volvían a repetir las mismas historias cada vez, calientes por el trago.

Su desgracia comenzó con su desesperación. Y no tardó en hacerse de amigos, porque sólo para eso salió bueno. Su lugar habitual siempre fue la plaza central del zócalo, donde se centra el correr del tiempo y de la gente del pueblo. El Camilo siempre lideró a los demás chamacos, de eso no cabe duda, dicen. Se notó cuando repartió cerbatanas de carrizo y postas de la tronera, que según era del abuelo General, e imitando a éste, apostó a sus tiradores en el flanco preciso, ordenó apuntar, y con voz imperativa dio la orden de fuego. El globero de la plaza no tuvo más qué hacer; sólo la cuenta de las bajas. También cuando ordenó amputar el índice inquisidor de la estatua de bronce de la plaza que personificaba a un general desconocido, dándoles de pretexto que ahí debería brillar el General Camilo; o cuando el domingo de misa les dio la orden de echar en la canasta de la limosna una moneda de cinco centavos y sacar una de veinte; y cuando a hurtadillas robaron el vino de consagrar del señor Cura que guardaba para ocasiones especiales de visita pastoral, lo que ocasionó que saliera en pura sotana al son de: "isacrílegos, se van a condenar!"; y tantas cosas más que se conjugan con las que dijo tiempo después, cuando cambió todo en el pueblo, cosas a las que la gente de aquí aún les tiene miedo, porque dicen que van a quedar clavadas hasta en los remaches de sus cajones. Eso dicen. Las cosas aquí cambian poco.

Sólo una cosa cambia en estos pueblos: la edad de su gente. Y con la edad llegan las diferencias, y es bien conocido que sólo reconoces que estás creciendo cuando las travesuras se vuelven cosas serias que quedan fuera de nuestro alcance. Así fue como el Camilo y los otros comenzaron sus andanzas a las afueras del pueblo, que porque ya les aburrían las mismas caras y las mismas cosas de siempre. Fue la manera en que conocieron a don Germán, el enterrador del pueblo que se ocupaba del cementerio municipal. Era un anciano fuerte, corpulento, de barba blanca y con un ojo de neblina, que durante más de cuarenta años, en compañía de su pala, había cavado la última morada de los del pueblo. Su estancia en su casa de mausoleo le había dado el semblante que lo caracterizaba como recio y frío, pero era, según decían, porque había tratado directamente con la muerte por mucho tiempo.

Pero lo frío y lo recio no le quitaban la soledad que traía encima, que le afloraba en la mirada y hasta en las palabras, porque no tenía ni a quién contarle la gracia de ser sepulturero. Por eso les hizo espacio en su casa, para cuando quisieran, y les contó las historias de los últimos doscientos muertos que había enterrado. Escucharon de aquel que murió sonriendo y sonriendo quedó, y que desde que fue enterrado gozaba en su aposento de las mejores flores del panteón; y de aquel que llevó a la ruina a su familia gastando los tesoros de

generaciones por pecar de concupiscente y cómo en su lugar no hay ni hojarascas; y de aquel que murió de sed y en las épocas de lluvia se le inundaba el lugar. También les contó la historia prohibida hasta por las autoridades. Fue la de aquella mujer que enterró y que no había muerto en realidad, sino que fue la treta de unos del gobierno, porque andaba diciendo que era la mujer de un importante, y escuchaba sus gritos aterradores de auxilio, y cómo cuando se dio el valor para desenterrarla, ya se había quedado sin uñas y sin rostro y que aún después de volverla a enterrar ya difunta, seguía escuchando sus gritos de auxilio. Y otras tantas historias más.

Don Germán, no podía dejar de lado la cosa seria de ser enterrador. Les dijo que no cualquiera podía andar en sus pasos, pues aunque nadie se lo creyera, él, como su padre, como su abuelo, como el padre de su abuelo y los de atrás que habían desempeñado el mismo trabajo, habían pedido permiso al camposanto para hurgar en su interior. Que sólo podían hacerlo sin permiso de los deudos recientes, el día de los difuntos, o fechas así. Pero que si se iba a profanar su tranquilidad, el precio que se pagaba era alto, porque nunca más lo dejaban en paz a uno. Nunca le hubiera dicho eso al Camilo, ahí empezó lo mero bueno.

La noche siguiente, Camilo convocó a junta y explicó el plan: hacer una visita al cementerio de don Germán, que para ver si era cierto o sólo los andaba espantando.

Todos callaron convencidos, por primera vez, de que no seguirían las órdenes. Camilo, con su talante de soberbio y fuerte general improvisado, reprochó la traición y los mandó al carajo, gritándoles desertores y traidores, acusándolos de que sólo para eso servían, para clavarle un cuchillo en la espalda, y que cría cuervos y te sacarán los ojos, y miles de cosas más que ya dijo al viento cuando emprendía la empresa de su desgracia.

En estos pueblos es común que la gente le tema a las cosas que no puede explicar, de por sí ya le tenían miedo a esas como llamas que andaban brinco y brinco en los cerritos, y que dizque eran la encarnación misma de la maldad. Pero esas cosas nunca bajaron del cerrito, de aquel donde está el camposanto. Lo malo es que el Camilo sí fue y regresó. La primera vez venía normal, sólo lo injurió una febrícula de cuatro días. Y en el quinto empezó la preocupación de su madre, cuando una fiebre de infierno lo mandó al camastro. A pesar de las compresas de agua helada, la fiebre no cesaba. Durante el tiempo que duró el calor se marchitaron las flores de las ventanas de su casa, se respiraba un aire denso y el espejo de la media luna francesa se empañó para siempre. Ni el boticario ni sus mezclas de milagro lograron terminar con la fiebre. Fue hasta exactamente veinticuatro horas después que la fiebre cesó repentinamente. Camilo se levantó como si nada pasara, salió de la casa y agarró camino rumbo al camposanto.

Nunca se supo el porqué, pero unos días después de que el Camilo regresó al cerrito, don Germán renunció a su trabajo de sepulturero. Cuando le preguntaron por qué lo hacía, sólo dijo que alguien había profanado la tranquilidad de sus inquilinos y que ya nada andaba tranquilo allá arriba, y que lo disculparan su padre, su abuelo, el padre de su abuelo y los demás, pero que comprendieran que así no se podía trabajar. Para suerte del pueblo, en el tiempo que Camilo estuvo allá arriba, nadie falleció. Sólo murieron don Germán y los padres de Camilo. Murieron al dejar el pueblo.

Poco tiempo pasó para que empezaran a suceder las cosas que no dejan en paz al pueblo. Al regreso del Camilo empezó la cosa buena. El mismo señor Cura previno a sus feligreses de la pesadez del alma del Camilo el día de la Misa Mayor, cuando fue la fiesta del santo patrono del pueblo. Aprovechó que se encontraba toda la comunidad feligresa en misa, subió ceremoniosamente al púlpito deshabitado por años —el cual no se usaba desde la salida del anterior cura en los días revolucionarios— se desgajó la voz con el evangelio para lograr la atención de todos y empezó con el otro sermón. Ante sus santos y su gente en general, recordó el día que el Camilo se fue derecho a la puerta de la iglesia gritando cosas que nadie le entendía, blasfemando, según explicó, escupiendo las imágenes talladas en los muros y pateando las cruces del atrio. Eso le sirvió de preámbulo para aseverar que las

cosas que estaban pasando en las alturas del pueblo eran cosas del demonio y que no había mejor mensajero que alguien que tenía rota la fe y la creencia en Dios como lo era el Camilo. Ya nada fue igual. Todos empezaron con el miedo, y al día siguiente andaban pintando cruces de cal en las puertas y ventanas de sus moradas para que así no entraran las maldiciones condenadas que despedía el Camilo.

Pero con todo y eso, el Camilo empezó a no irse solo, pues un día, como que no queriendo la cosa, se dirigió a la plaza y se detuvo de frente a la estatua amputada del general desconocido. Rodeó con su mirada a los presentes y la detuvo en los ojos de la niña más bonita que andaba por las rúas, la única que, según se comentaba, seguía inmaculada hasta de sus escuchares. Sólo la miró y se la llevó. Eso fue el colmo de las detracciones religiosas del Camilo pues, aunque todos andaban detrás de ellos para detenerlos, no pudieron soportar el temor de acercarse al lugar ese al que todos le huían. Hasta los Santamaría, esos de los que se decía que no le temían a nada ni a nadie, y que para colmo de sus males eran los parientes de la niña inmaculada hasta de sus escuchares, se acobardaron.

Lo que sigue no debe ser escuchado por nadie sino por los de afuera, porque no hay que remover las cenizas de lo que ardió con la misma flama del infierno y que todavía acusa de maldito al pueblo, y de lo que todos temen, y, sobre todo, de lo que dijo el señor Cura ese

día, porque es lo que más hace reverberación en los tímpanos de los viejos.

Después del rapto consentido pasaron algunos meses. Meses en los que todos esperaban el regreso del Camilo y de la niña Santamaría, pero que no ocurrió sino hasta después de más de un año, cuando la mayoría pensaba que ya no regresarían y cuando empezaba a reinar la tensa calma. Fue un día así, gris y frío, como todos los días desde aquel entonces. Sonaban las campanas de la misa del domingo por la mañana, así que todos comparecían ante las palabras de Dios cuando, así nomás, se acercó la niña Santamaría al atrio de la iglesia, tranquila, de negro. Todos se enfriaron desde la espina hasta la conciencia. Nadie sabía qué decir ni qué hacer. De pronto, la mano de la niña inmaculada hasta de sus escuchares rompió el silencio al dejar caer una vasija de barro envuelta en unos telares negros, se postró en el envoltorio, y con su voz de niña inmaculada explicó a la concurrencia dominical que ahí yacían las cenizas del Camilo, y que las iba a enterrar en el atrio de la iglesia cumpliendo el último deseo del difunto. Nadie decía nada, solo se escuchaba el murmullo de los cobardes que hablan de espaldas. La niña se les quedaba mirando a todos esperando tal vez que aceptaran el mandato, pero nadie decía nada. Fue entonces cuando pasó lo inesperado, eso que sigue latente en todo el pueblo: de detrás de la espalda de la niña, se escuchó claramente el llanto

de un niño, y así como es de esperarse, todos cayeron en la cuenta de que el menor era hijo del Camilo, no había duda, era el producto de la soledad del monte.

El silencio volvió a acaparar el escenario y a estrujar la tranquilidad de los presentes, pero sucedió algo que no podrá explicar nadie en todo el durar del pueblo. El señor Cura, sin más ni más, corrió hacia la oscura figura postrada en el envoltorio y gritó que ni él ni el pueblo ni Dios permitirían la presencia de un engendro de allá arriba y menos siendo del Camilo, de ése que rompió la tranquilidad del pueblo. La sorpresa fue mayúscula cuando tomó con sus manos el envoltorio y lo reventó contra la reja del atrio y cuando dirigió su ira hacia la niña, ya nunca inmaculada ni de sus veres y la corrió del atrio, de la plaza y del pueblo, diciendo que el pueblo ya no quería saber nada de los altos, y menos de la estirpe del Camilo. Gritó para todos los presentes que el día en que el primogénito del Camilo regresara al pueblo caería la furia de Dios sobre las almas de los oyentes, por que el Camilito traía en sus venas todo el veneno que el Camilo cosechó en el cerrito, y que la niña nunca más inmaculada había sido la perdición no de los Santamaría, sino del pueblo entero, y que santo el día que el Camilito corriera la suerte de su padre y muchas cosas más que nadie recuerda al pie.

La niña salió del pueblo por el único camino que daba a las afueras, no sin decir por último que el Camilito

regresaría, porque esa era también su tierra, pero que antes tenía que hacer olvidar al Camilito las palabras del señor Cura, que porque eran maldiciones que revistió de súplicas de Dios y que sería mejor no le diera la espalda, porque el Camilo haría su trabajo para defender a su primogénito y una sarta de cosas más que tampoco se recuerdan bien. La mayoría tiembla cuando las recuerda y cuando recuerdan los ojos de la niña y los del señor Cura, sentenciándose el uno al otro y poniendo como testigo y redentor al mismísimo pueblo.

Sólo se dice que la niña se fue y el señor Cura no fue el mismo desde ese día y hasta su muerte, exactamente siete días después, el siguiente domingo de misa. Unos dicen que se volvió loco después de barrer las cenizas del Camilo, otros que después de ver a los ojos de la niña ya nunca inmaculada y del Camilito, otros que no sé que cosa. Lo cierto es que ya no salió de su iglesia sino con los pies por delante. Y dos noches antes de morir, tocó las campanas durante cuatro horas, hasta antes del alba, gritando como loco, desde el campanario, que un día regresaría el Camilito hecho un hombre y ese día la mano de Dios se posaría sobre los presentes aquel día y sobre su stirpe, y que se llevaría a los pecadores y sería el fin del pueblo. El señor Cura fue enterrado en la misma iglesia, pues aparte de que no había enterrador en el pueblo, dejó un recado póstumo antes de caer en la locura, donde decía que nunca permitieran que fuera

enterrado en aquel lugar profanado en su tranquilidad, que quería andar en paz, sin líos.

Sólo eso se cuenta. Es una historia que ya está muy vieja. Pero la cosa está tan entrañada en el pueblo que los muros de las casas aún se agrietan y desmoronan cuando los aires del relato rozan su tranquilidad. Ellos son mudos testigos de los ecos que aquí resuenan, por eso los envidio, porque si no quieren, no dicen nada. En cambio, a uno se le da por platicar estas cosas así, tan a la bartola. A mí me lo contó mi abuelo, él fue buen amigo del Camilo hasta antes de su desventura. Él ya está muy viejo también y ahorita debe estar haciendo lo que la mayoría de su edad: orando a la luz de la cera, echado en el camastro, esperando a que nada suceda, tratando de desoír los argumentos del señor Cura y pensando cualquier cosa, para que no lo agarre la noche y se aletargue en el sueño. Y aunque no sabe lo que pasaría, la misma ignorancia lo ha desvelado desde entonces. Esta situación lo tiene más para allá que para acá pero, como él dice: para qué palmearle la espalda al mal, si así ha estado vivo por más de tres cuartos de siglo.

Yo ya llevo un tiempo aquí, haciendo el trabajo que tenía mi abuelo hasta antes de que lo cegaran las cataratas: ando viendo siempre hacia el único camino que da a las afueras, cuidando a la gente que entra, para ver si viene el Camilito de regreso a estas tierras, para que el día que eso pase, le corra al campanario y libere el sonido

cobrizo de la desgracia, alertando a todos. Así, yo y mi abuelo, y todos, nos agazaparemos en nuestros pecados, para sentir en nuestra muerte la mano de Dios. Eso dicen.

En el mediodía

T E R C E R L U G A R

JUAN ALFONSO MILÁN LÓPEZ
(SOCIOLOGÍA, CSH)

EN EL MEDIODÍA

Estoy acostado bajo la sombra de un árbol. El mismo que está en la colina que sube detrás de la iglesia. Estoy aquí porque tengo sueño, y trato de dormir un rato, antes de que el padre termine de oficiar la misa del mediodía.

No sé por qué, pero yo siempre tengo sueño. Dice mi abuela que es porque tengo lombrices en el estómago, y hasta me ha dado de tomar un té que sabe muy amargo, y me ha dado friegas en la cabeza con agua alcanforada; pero aun así, no se me quitan las ganas de estar dormido todo el tiempo. Yo creo que lo que pasa es que la noche es muy corta y no me alcanza para descansar bien los ojos. Además, el padre me hace venir muy temprano a la iglesia, incluso antes de que se esconda la luna y aparezca el sol.

No sé por qué llama a misa tan temprano, si los únicos que vienen son cinco viejitas y dos lecheros mugrientos que, para colmo, nunca comulgan ni dan limosna, por lo tanto, no tengo mucho qué hacer aquí de madrugada.

Pero eso el señor cura no lo entiende, siempre encuentra algo inútil en qué ocuparme: a veces me pone a matar los alacranes que se esconden detrás del retablo, y otras tantas me obliga a limpiar el badajo de la campana mayor.

Sin embargo, siempre me las ingenio para dormir un rato. Cuando al padre le toca confesar, yo me voy a dormir a la sacristía. Cuando le traen de comer, me voy a dormir detrás del altar. Cuando está a punto de terminar la misa del mediodía, y yo he terminado de recoger las limosnas, me vengo a dormir a este árbol.

Los viernes vienen los niños del catecismo a ver cómo duermo. Lo sé porque escucho sus risas burlonas. Ellos creen que no me doy cuenta, pero bien que siento las piedras que me avientan en la cabeza. Una vez, se las ingeniaron para conseguir varias de esas hormigas rojas que pican como el demonio, y me las pusieron todas en la mera cabeza. Recuerdo que duré como tres días sin poder usar la almohada, así que tuve que dormir sentado, y cuando me cansaba, no me quedaba otra que dormir parado.

También viene el padre a ver cómo duermo. Él me avienta chorros de agua, lo sé porque me grita mientras me moja, quiere llevarme de vuelta a la sacristía. Muchas veces ha tratado de cargarme, pero me pongo más tieso que una tabla vieja, y mejor me deja seguir durmiendo. Ayer me dijo que si sigo durmiendo tanto, va a acusarme con mis abuelos.

Yo quiero mucho a mis abuelos. Los he tenido que querer desde que murieron mis padres. No deseo causarles otro disgusto; por eso tengo que dejar de dormir

tanto, pero simplemente no puedo, por más esfuerzos que hago.

Seguramente mi abuela va a romperme el alma a palos cuando se entere de que me escapo de la iglesia para ir a dormir a la colina. Mi abuelo no me va regañar, él es bueno conmigo. Ahora que lo pienso, creo que quiero más al abuelo, porque nunca me ha pegado. Yo todas las noches rezo por la salvación de su alma, para que al morir los demonios no se lo lleven al infierno y por lo menos pase por el purgatorio.

Mi abuelo nunca va a la iglesia, dice que no cree en las vírgenes ni en los santos. Nunca lo he visto con una cruz de ceniza en la frente, siempre come carne en los viernes de vigilia, se niega a rezar el novenario el día de la Virgen, nunca se viste de luto en Viernes Santo y no se baña en Sábado de Gloria. La abuela se la pasa todo el tiempo peleando con él, hasta ha llegado al extremo de irse de la casa por varios días; pero siempre regresa a tratar de librar al abuelo de su herejía.

Hace como un año, en la madrugada, cuando mi abuelo dormía tranquilamente, de pronto llegó el señor Cura, acompañado del mismísimo obispo y cinco hombres fuertes. Amarraron con una cuerda los pies y las manos del abuelo y empezaron a exorcizarlo. Mi abuelo comenzó a moverse como culebra y gritaba que lo dejaran en paz, que él no estaba loco y que no llevaba al diablo dentro de él. Pero no le hicieron caso, los cinco

hombres que acompañaban a los sacerdotes, empezaron a darle de leñazos, hasta que quedó quietecito en su cama, como un corderito recién nacido.

Al amanecer, cuando acabó la ceremonia, el padre le dijo a mi abuela que ya no se preocupara, que había logrado sacarle a su marido el espíritu de Satanás y que pronto regresaría a la iglesia como buen hijo de Dios. Sin embargo, eso no fue así, en cuanto mi abuelo se recuperó, prometió vengarse del clero de alguna manera.

Desde aquel día está ideando un plan para entrar por la noche a la iglesia y degollar la escultura de San Francisco Javier. Ya tiene listo unos planos detallados y ha conseguido un serrucho bien afilado.

En cuanto se enteró de esto mi abuela, pegó el grito en el cielo y de inmediato fue a delatar al abuelo con el Padre. El Cura le mandó a decir que si se atrevía a cometer tal sacrilegio, no tendría más remedio que excomulgarlo. Pero a mi abuelo parece no importarle, y cada día lo veo más convencido de realizar su venganza.

Yo no comprendo la herejía de mi abuelo. En otras circunstancias sería el mejor de los cristianos, sería casi un santo. Porque antes y después de su exorcismo ha sido un hombre muy bueno. Nunca lo he escuchado decir una grosería y jamás le ha levantado la mano a mi abuela o a mí.

El abuelo es muy generoso, siempre me regala el piloncillo que le toca a la hora de la cena, y me da todos

los viernes una oblea de cajeta. En la iglesia el padre tiene hostias; pero no tienen cajeta. Las hostias así solas saben muy feas, es difícil encontrarles sabor. Un domingo se me ocurrió embarrarles a todas las hostias un poco de cajeta, para que agarraran el mismo saborcito que tienen las obleas que trae mi abuelo de Toluca.

Inició la misa del mediodía, el padre no se había dado cuenta hasta el momento de dar la comunión, cuando a él le tocó probar la primera oblea. Dirigió su mirada hacia mí, y me amenazó con la mano. Yo pensé que no iba dar la comunión; pero sí lo hizo. Repartió una a una las obleas de cajeta que yo había hecho a toda la gente que se acomodaba en una enorme fila que se alargaba hasta la puerta del templo.

En castigo, el padre me puso a limpiar todos los candelabros del retablo encerrado en las criptas. Yo no le tengo miedo a las criptas, pero no me gusta estar allí, porque no se puede dormir. Apenas uno empieza a pegar los ojos, se escucha como crujen los huesos de los muertos. Además, siempre está haciendo frío, y es muy malo dormir en un lugar donde siempre hace frío.

Por eso a mí me gusta mucho dormir en el mismo corral en donde duermen los puercos, porque allí siempre se siente en el cuerpo el caliente rayo del sol.

Muchas veces mi abuela me ha sorprendido durmiendo en el corral, y me saca a punta de golpes. Dice que estoy loco por dormir entre la peste de los

puercos. Pero lo que ella no sabe, es que uno deja de percibir los olores cuando cierra los ojos; aunque esto es puro decir, porque en el cuarto donde mi abuelo guarda sus libros, el olor a viejo es tan penetrante, que no se puede dormir.

El viejo siempre está encerrado en ese cuarto, leyendo esos libros tan extraños que sólo él entiende, y que no hacen otra cosa más que meterle ideas locas en la cabeza, que siempre contradicen lo que dice el padre en sus sermones. Hay ocasiones en que el abuelo se queda dormido con el libro entre las manos. Entonces siento mucha pena por él, porque seguramente sueña con las cosas tan raras que están escritas en ellos.

El padre también se queda dormido cuando se pone a leer la *Biblia*, y como yo sé lo que es tener sueño, pues no le hago ruido y aprovecho para ir a dormir un rato al confesionario.

Recuerdo que la mañana del 3 de mayo el padre se quedó profundamente dormido cuando leía la *Biblia*. Entonces llegó al templo una peregrinación que venía de Otumba, eran más de cien personas. Llegaron diciendo que venían a escuchar la misa dedicada a La Santa Cruz.

Yo fui de inmediato a despertar al padre, pero como lo vi tan concentrado en su propio sueño, me dio lástima interrumpirlo, y como a mi no me gusta que me despierten cuando estoy en medio del sueño, decidí no despertarlo y oficiar yo mismo la misa que reclamaban

los peregrinos. Así que tomé una de las sotanas del padre y me presenté ante la muchedumbre...

En cuanto me vieron, se pusieron de pie, y cuando me subí al púlpito; ellos se persignaron. Yo había escuchado al señor Cura decir mil veces el sermón dedicado a La Santa Cruz, así que no me fue difícil aprenderlo.

Los peregrinos me escuchaban atentos, sin decir una palabra. A la hora de rezar el padre nuestro, alzaron los brazos. En el justo momento de la comunión, a todos le di una hostia. Al finalizar la ceremonia, levanté mi mano derecha y les eché la bendición; ellos volvieron a persignarse.

Los acompañé hasta la puerta. Entre bendiciones y beso en la mano, me dijeron que en Otumba se habían quedado sin sacerdote, y que me iban a recomendar con el señor obispo para que me mandara a su pueblo.

Creo que eso de convertirme en cura no es mala idea, al fin y al cabo, ya me aprendí de memoria todo lo que un Padre tiene qué decir y hacer cuando se oficia una misa. Además, un Padre siempre puede dormir todo el tiempo que quiera sin que nadie lo moleste.

Lo único malo, es que si yo me vuelvo sacerdote, ya no podré casarme con Isabel. Todos en el pueblo dicen que ella es una piruja. Dicen que se revuelca con hombres que le dan dinero; pero yo no lo creo. A mí me parece que Isabel es una mujer solitaria y que necesita de alguien que esté a su lado.

Yo conocí a Isabel una de las tantas ocasiones en que me he quedado dormido adentro del confesionario. Llegó y tocó la puerta. Le dije que yo no era el Padre. Entonces ella me respondió que eso ya lo sabía, que sólo venía a invitarme a dormir en su cuarto. Esa misma noche me presenté en el dormitorio de Isabel, y por primera vez en mi vida disfruté de la comodidad de una cama.

La cama de Isabel es el mejor lugar para dormir en el mundo, porque es blanda, igual que una nube. Yo he dormido sobre la paja, pasto, lodo, lana de borrego, plumas de gallina, las piedras del río; pero nada es mejor que la cama de Isabel. Por eso prometí casarme con ella, para poder quedarme con su cama blanda. Y no me importa que en medio de la noche ella empiece a hacer cosas malas conmigo, ni que me recorra todo el cuerpo con su lengua, yo lo único que quiero es dormir en su cama todas las noches de mi vida, hasta que allí mismo me sorprenda la muerte... Ora que dormir en una caja de muerto también es cómodo. Creo que el sobrino del Padre debe descansar plácidamente en ese ataúd tan blandito que le tocó.

Hace tres semanas que enterraron a Crispín, el sobrino del señor Cura. Dicen que murió porque Dios necesitaba de otro ángel en el cielo y por eso se lo llevó; pero yo sé bien que murió ahogado. Le gustaba andarse metiendo al río, aunque no supiera nadar. Aún recuerdo cuando el Padre y yo lo sacamos del agua con una

cuerda. Estaba todo hinchado desde la cabeza hasta los pies. Entonces el Padre me hizo prometer que no le contaría a nadie lo que realmente había ocurrido, y nunca lo he hecho.

Ese mismo día velamos a Crispín en la iglesia. El Padre me encomendó recibir a las cinco viejitas y tres lecheros que querían ver al muerto. Pero cuando empezó a caer la noche, llegó muchísima gente que venía de diferentes lugares. Hasta de Cuautitlán llegó una congregación de monjas cantando alabanzas.

Sí, esa fue una noche muy larga.

Yo ya tenía muchas ganas de ir a dormir, pero el señor Cura no me dejaba. Quería que siguiera preparado café para los dolientes que siguieron llegando hasta el amanecer.

Al alba, la iglesia estaba completamente llena. La gente se amontonaba hasta más allá del atrio. El Padre se disponía a officiar la misa de cuerpo presente, mientras que yo hacía un esfuerzo sobrehumano para no quedarme dormido. Los minutos pasaban lentamente, sólo pensaba en el momento de dar el último palazo de tierra al sepulcro de Crispín, para poder ir a dormir a la cama de Isabel.

De pronto, cuando el Padre leía el evangelio, llegó el presidente municipal irrumpiendo en la ceremonia. Dijo que la Ley decía que había que abrirle la panza al difunto y sacarle las tripas, para determinar la causa de

la muerte. El Padre se negó y empezaron a discutir. Entre gritos e insultos, me mandaron llevar el cadáver a la sacristía. Pensé en ese instante que era una buena oportunidad para dormir un rato, así que decidí tomar al muerto entre mis brazos, sacarlo de la caja, bajarlo a las criptas y meterlo en la única que estaba vacía, para que yo pudiera acostarme un rato en el ataúd. Después de casi una hora, llegaron los sepultureros, creyeron que yo era el muerto, cerraron la caja y se la llevaron conmigo adentro. Los escuché llegar, pero no les dije nada, estaba muy cansado, sólo quería dormir otro rato. Lo único que me pasaba por la mente era gritar y golpear la caja al momento de llegar al camposanto. Y los dejé que me cargaran en medio de las calles llenas de colores que despedían a Crispín.

No pasó mucho tiempo, cuando empecé a sentir que me faltaba el aire: "Voy a morir", me dije. Supe que por fin iba a descansar para toda la eternidad, que ya no habría un motivo para volver a despertar.

Pero al llegar al panteón, el Padre abrió la caja para ver por última vez a Crispín; sin embargo, me descubrió a mí casi ahogado. Me tomó del pescuezo, y empezó a abofetearme. Quizá los dolientes pensaron que el Padre se había vuelto loco por golpear el cadáver de su sobriño muerto. Pero pronto se dieron cuenta de que era yo el que estaba descansando en la caja. Mi abuela me miró

como espantada, y después de dar un grito, se desmayó y cayó de espalda al hoyo de tres metros.

Ahora la abuela utiliza un bastón, y cada que se acuerda de su caída, me da un bastonazo en la cabeza. Y no se cansa de repetirme que en un principio me mandó a ayudarlo al Padre con la sacristía, para que Dios perdonara la herejía del abuelo.

—Ahí te lo mando señor —decía, para que te acuerdes de la oveja descarriada de su abuelo.

Pero ahora, por haber usurpado el lugar de un muerto, estaba condenado a asistir al Padre toda mi vida, para obtener mi propia salvación.

Dice el señor Cura que seguramente ya me están esperando en el infierno, y una vez estando allí, me van amarrar las manos y nunca más me dejarán dormir. Eso me da miedo, y creo que la mejor forma de evitarlo es dejar de dormir tanto. Por esa razón, cuando siento que me está ganando el sueño, me pongo a platicar en voz alta, justo como ahora. A veces logro quedarme despierto; pero otras no. Y cuando me quedo dormido en este árbol, siempre me despiertan los gritos del Padre que pronuncian mi nombre: ¡Saturnino!, ¡Saturnino! Como los que está dando en estos momentos. Entonces me pongo muy triste porque, seguramente, como siempre, estaba soñando que llegaba al cuarto de Isabel, me acostaba en su cama y me quedaba dormido.

Saliendo del laberinto

M E N C I Ó N H O N O R Í F I C A

MARCO AURELIO CRUZ GALLEGOS
(DISEÑO DE LA COMUNICACIÓN GRÁFICA, CYAD)

SALIENDO DEL LABERINTO

Me detuve a descansar un poco sobre aquella piedra. El esfuerzo había sido demasiado, y siendo un hombre no acostumbrado al ejercicio, la presión en mi pecho absorbía la concentración requerida para ya no seguir pensando en ella.

¿Cuánto tiempo llevaba corriendo de esa forma? ¿Minutos? ¿Horas? Y sin embargo, el cansancio y la desesperación volvían a llevarme con ella. Hacía tiempo que había perdido la capacidad de llorar y la melancolía encerrada apresaba mi corazón con tal fuerza, que ningún castigo físico hubiera podido obligarme a decir una verdad ineludible.

Es por eso que decidí correr. La pena me embargaba desde meses atrás, cuando me abandonó con la facilidad con que un bebé deja atrás uno de sus juguetes, inmerso en su mundo de conocimiento.

No sé si todavía la amo como cuando la conocí. Pero el hueco dejado es inmenso. Me aniquila todos los días, como un somnífero que no permite tener nueva vida y energía. Dejé de tener amigos. La amistad, palabra tan valiosa como el respirar, dejó de tener un sentido práctico. Y nada podía alegrarme.

Pero las noches. Las noches son un infierno. No puedo dormir. Sólo pienso en ella. Y a la vez no pienso. Imagino mundos fantásticos, llenos de escenarios irreales. Y en todos ella llega como una reina, desbancándome de mi sitio y llenando de incertidumbre cada acto, cada momento querido, transformándolo en terribles hondonadas de soledad.

Todo lo soporté hasta esta noche, cuando, sin importarme más, salí corriendo. Ciertamente recorrí un gran tramo, y me encontraba en quién sabe dónde. Las ramas de los árboles que a mi paso había trocado en enemigos me lastimaron terriblemente. La vereda se me hacía conocida, pero el nublado entendimiento me cegaba a la realidad. Mientras no pudiera poner en orden mis ideas, no conseguiría salir de allí.

No faltaba mucho tiempo para que el destino volviera a unirnos. No había manera de evitarlo. Pero no tenía idea de qué era exactamente lo que me molestaba. Si verla. Si tendría que hablarle. No lo sabía. Y me sentía furioso conmigo. Ni las heridas podían solventar mi dolor. Y esta soledad que pesaba en mí, me alejaba más y más. Con un poco de aire, y recuperado un poco, me dispuse a seguir huyendo. En ningún momento planeé volver atrás. Prefería desaparecer. Que nadie supiera de mí. Hacer realidad esos sueños que de joven me llenaban de ilusión, pero que mi maldita conciencia me impedía realizar, eran ahora una esperanzadora ilusión. De he-

cho, eran la única. Por lo demás, no sabía qué hacer. ¿Desaparecería?

Busque en mis bolsillos y todavía encontré, en la vieja cajetilla, tres cigarros. Me senté unos metros delante de donde me había detenido por primera vez y encendí uno de ellos, como si fuera a devolverme algo de fuerza. Lo único que sabía era que necesitaba fumar, solamente para tener un propósito inmediato.

¡Pobre estúpido! ¿Cómo fuiste a creer en semejante ardid?

Estaba fuera de la ciudad. Mi cerebro comenzaba a esclarecer algunos puntos en mi interior. Realmente había avanzado lejos. No sabía cómo, pero lo había hecho. No importaba. Sin los contaminantes cotidianos, el cielo realmente se veía espléndido. Es ese momento detesté no haberle hecho caso a la tía Berta, que me enseñaba —de niño— un poco de astronomía, antes de que el azúcar en su cuerpo le provocara ceguera. O algo por el estilo. Nunca ponía atención a esas cosas. El hecho era que, desconocer las estrellas me apartaba de algo que momentáneamente hubiera distraído mi atención. Cielos. Cómo lo necesitaba.

Allí estaba ella otra vez, con su voz dulce y melodiosa, hablando conmigo. Engañándome. Azuzándome con tretas viejas, que hacían caer a una alma enamorada y desengañada de nuevo.

La luna, curiosamente llena, envolvía con un tenue manto azul todas las cosas. Mezcladas éstas con la oscuridad reinante, promovían un ambiente etéreo. Divino. Era impresionante cómo me fascinaba ver en las películas aquellos escenarios donde el azul reinaba glorioso, y la naturaleza me ofrecía el mejor de esos paisajes ahora, en mi desesperada búsqueda de paz. Por desgracia, mi cámara también había sido olvidada. Todo mi pasado estaba allá abajo. Dentro de esas luces en las que pronto repararía. Seguí caminando, aunque no lo había notado. Tener todos estos pensamientos fue tan difícil, que había recorrido unos cuantos kilómetros, con muy poca hilación.

Y comencé a recordar. Había subido por estos riscos hacía ya un año. Recorriendo el viejo camino hacia la polvareda, llamada así por ser un lugar donde el llano de tierra suelta provocaba, al menor vientecillo, tremendas oleadas de polvo fino, lo suficientemente molestas como para que la gente casi no fuera por esos lares. Sin embargo, la doña que me acompañaba en esa ocasión, y el pequeño Santiago, jugueteaban, como si eso no fuera una molestia. Aquel día, varias veces mi respiración se había dificultado por respirar tanto polvo, pero a ellos no les causaba la menor impresión. Me comentaron que seguido iban por allí. La señora me decía que al niño no le gustaba la ciudad, por ese olor nauseabundo que provocaba todo tipo de ascos en su cuerpo. Sabía ciertas

esas palabras, pero seguía amando mi ciudad, que ahora desaparecía tras los frondosos árboles de la zona.

La luz proporcionada por la luna me dio la información visual del lugar y, dado que alumbraba de manera tan clara, pude guiarme a pesar de no contar con linterna o vela alguna. Los cerillos que llevaba prefería guardarlos por si se me antojaba uno de los cigarros que me sobraban.

De niño me había dicho que realmente en la oscuridad no había nada. Que los monstruos me eran conocidos porque mi imaginación, habiéndolos creado, les daba un motivo para salir y hacer insoportable mi vida. En esos momentos los agradecía, pues durante un buen tramo me daban un sentido que me hacía olvidar todo lo que estaba dejando atrás, como si no me importara en lo absoluto. El silencio sepulcral, que normalmente es delicia de los aventureros y desquicio de los que en la civilización se esconden, en todo ese tiempo fue paz. Música sagrada que muy pocas veces había escuchado y ahora me cobijaba amorosa bajo sus brazos. Me sentía más seguro. Aquí la naturaleza nunca trataría de verme la cara. Jamás me engañaría. Todo lo que me mostraba era la forma total de su rostro virgen, sólo mancillado cuando el látigo incomprensible del hombre veía en ella la oportunidad de demostrar quién era el fuerte.

Me detuve. Respire profundamente aquel aire tan limpio, que la frialdad emanada de la noche adquirió nuevos significados. Estaba aprendiendo, después de

todos estos años, que lo importante siempre estaba fuera de nuestro entorno cotidiano, y eso me llenó de una profunda levedad, pues mi espíritu débil se fortaleció en uno de los lugares más odiados por mí: la naturaleza me asestaba el mismo golpe silencioso que las personas, pero en ella ese golpe no era tortuoso, ya que lo hacía con amor.

Levanté la vista de nuevo hacia las estrellas, y aún sin conocer ninguna, pude percibir en las emanaciones de sus conquistas milenarias las formas que las elevaron a niveles eternos y divinos entre los humanos. Sí, allí se encontraba el gigantesco toro. O el escorpión sangriento. Pero para mí algo cambiaba, y el carnero de las constelaciones estaba tirado sobre la vía de la leyenda, muerto. Ya no me importó. Al fin y al cabo, esa iba a ser la última enseñanza.

Vislumbré por última vez aquel palacio de la memoria donde tan vivazmente la había visto bailar, dueña absoluta del escenario de mis recuerdos. Vi cómo el edificio principal se desmoronaba a su alrededor; Rafaela, mi eterno ángel de la vida, el amor y la muerte se acercaba llorando, pero con una sonrisa en aquellos labios tan amados. Me dijo que había llegado ya lo suficientemente lejos, y que si lo decidía así, ella estaría a mi lado, para darme la mano, y bailar conmigo. Y después de tanto tiempo, una lagrima escapó de sus ojos.

Tomando con uno de sus dedos el líquido emanado, lo llevó a su boca, guardándolo como un preciado tesoro.

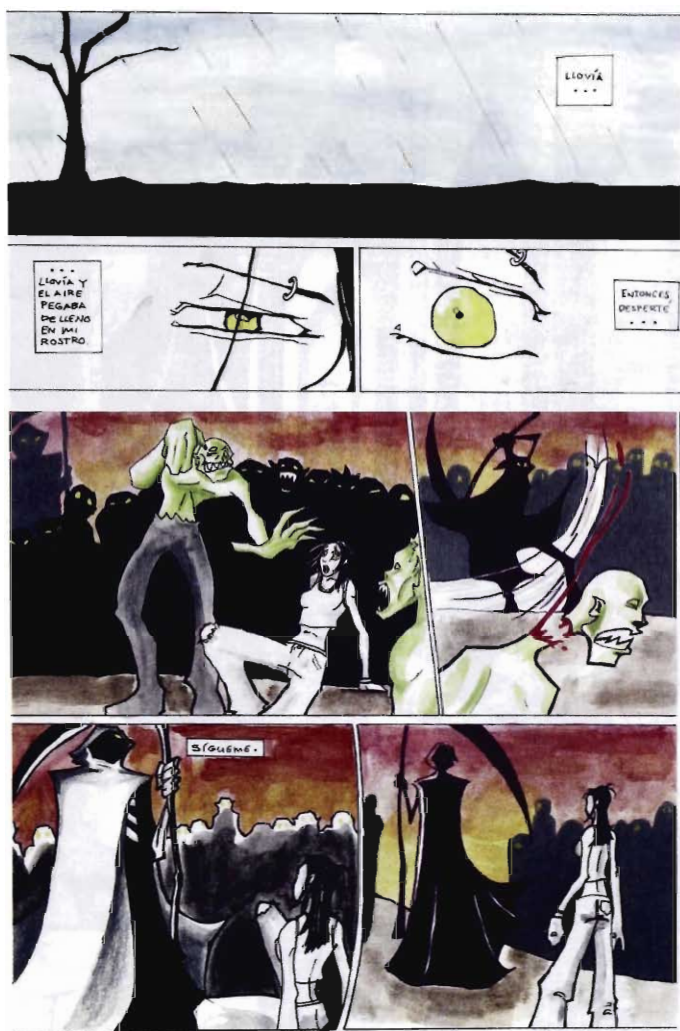
Esa era la señal. Le di el más dulce de mis besos. Me despedí así de mi única amiga. Recordé la frase inmortal de mis sueños: *Qué difícil es soltar, ¿verdad? Qué te puedo decir: así es la vida.* Y salté hacia el abismo frente a mis ojos, donde por fin encontraría el paso a la eternidad.

HISTORIETA

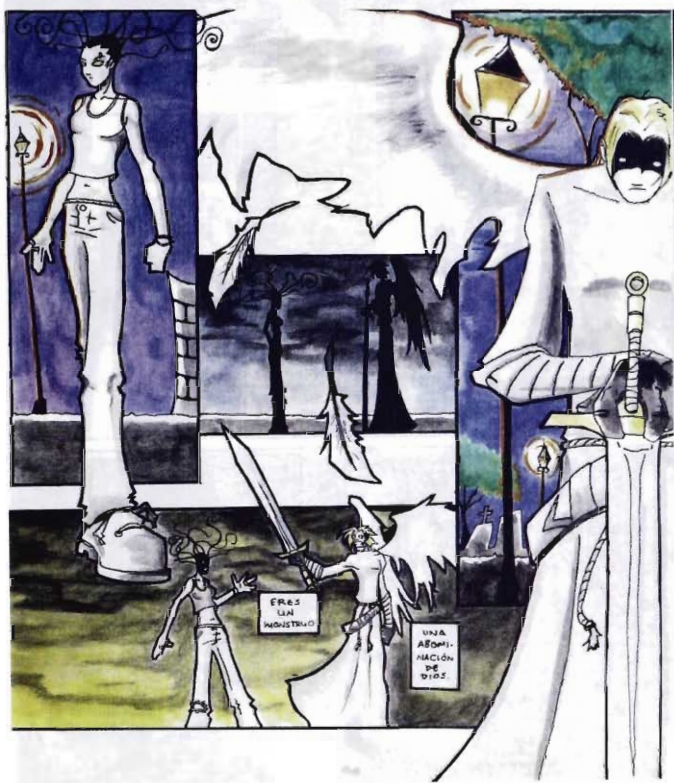
Sin título

PRIMER LUGAR

SERGIO SALTO GUTIÉRREZ
(DISEÑO DE LA COMUNICACIÓN GRÁFICA, CYAD)









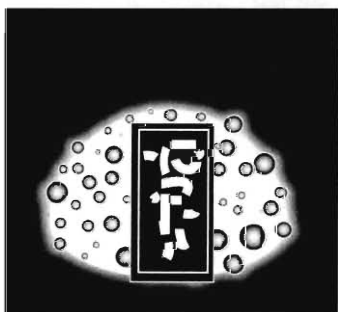
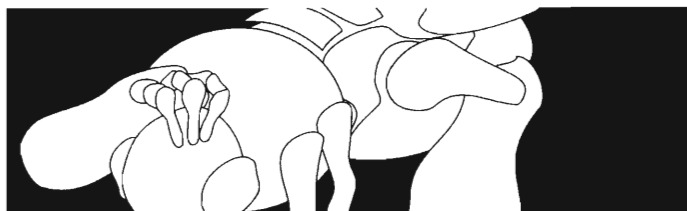


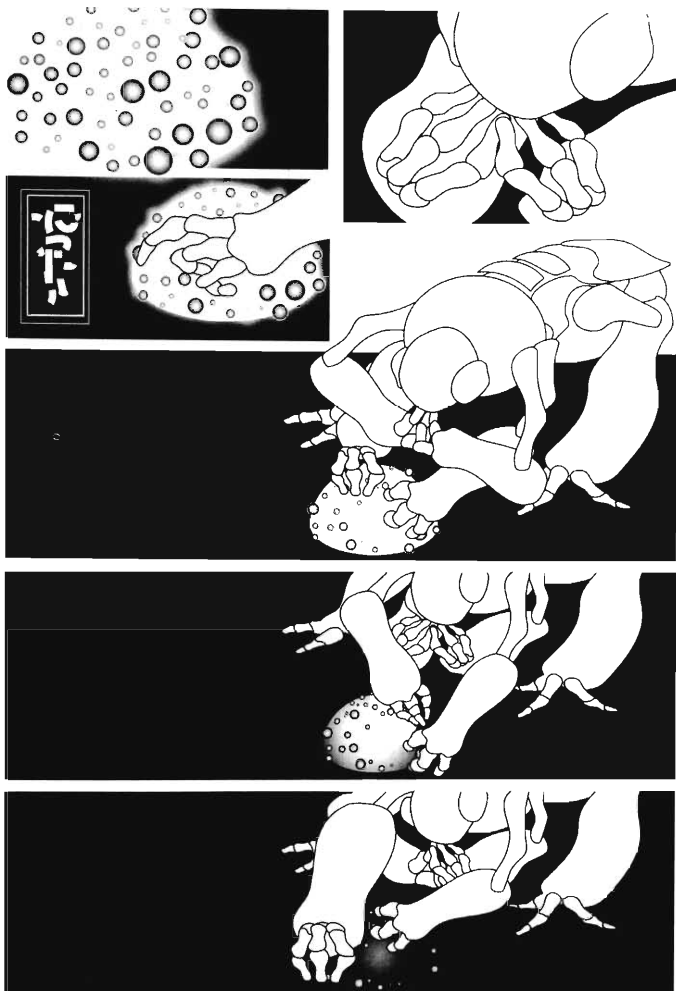
Sin título

S E G U N D O L U G A R

ÓSCAR ROMERO GARCÍA

(DISEÑO DE LA COMUNICACIÓN GRÁFICA, CYAD)





VIDEO

Sin título

M E N C I Ó N H O N O R Í F I C A

RODRIGO VALLE LOZADA

(DISEÑO DE LA COMUNICACIÓN GRÁFICA, CYAD)

Este video se puede consultar en la Sección Audiovisual de la Biblioteca

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
<i>Hallazgos y sorpresas</i>	
JOSÉ FRANCISCO CONDE ORTEGA	

POESÍA

<i>Mañana y otros poemas</i>	15
JAIR DE JESÚS JAVIER FLORES	

<i>Caligrafía de un cuerpo y otros poemas</i>	27
CHRISTIAN ALFONSO ROJAS VALERIO	

<i>Isla y otros poemas</i>	37
MARTÍN GALICIA TREJO	

CUENTO

<i>Diecinueve</i>	47
TANIA RAQUEL RAMÍREZ RIVERA	

<i>El Camilo</i>	57
LETICIA ATINEA HERNÁNDEZ ORTÍZ	

En el mediodía 73
JUAN ALFONSO MILÁN LÓPEZ

Saliendo del laberinto 87
MARCO AURELIO CRUZ GALLEGOS

HISTORIETA

Sin título 99
SERGIO SALTO GUTIÉRREZ

Sin título 107
ÓSCAR ROMERO GARCÍA

VIDEO

Sin título 113
RODRIGO VALLE LOZADA

EL PROPÓSITO DE ESCRIBIR

Quinto concurso de poesía, cuento, historieta y video, uam Azcapotzalco se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2004, en los talleres de Imagen Impresa, S.A de C.V., Saratoga 908, col. Portales, en la Ciudad de México. Se utilizaron los tipos Zapf Calligraphic. Los interiores están impresos en papel cultural de 90 grs. y la portada en couhé maté de 250 grs. Se tiraron 500 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Silvia Guzmán Bofill.

UAM
PQ7244
C6.5
2004

2893761
Concurso de poesía, cuent
El propósito de escribir

2893761

5

ISBN970-31-0316-2



EMPEZAR POR EL PRINCIPIO

